

LOS PASOS DEL SONÁMBULO

*Juan Villoro**

El hombre, que a la edad de dos años aprende a caminar, percibe la felicidad del escalón porque, como criatura que tiene que aprender a andar, recibe al mismo tiempo la gracia de poder elevar la cabeza.

ABY WARBURG

Es totalmente inocente la costumbre de mucha gente de caminar más despacio cuando intenta recordar alguna cosa.

AVISHAI MARGALIT

El encierro suele ser un espacio fecundo para el recuerdo. La memoria y la imaginación son escapatorias del hombre encarcelado. En un gesto de congruente ironía, el Archivo General de la Nación se encuentra en lo que fue el “Palacio Negro” de Lecumberri, la cárcel prestigiada por los protagonistas del movimiento ferrocarrilero, por José Revueltas, los líderes del 68, José Agustín y los muchos olvidados que purgaron ahí sentencia injusta.

La venganza del hombre cautivo consiste en detener el tiempo, fijar los hechos; con más rigor del que padece en su celda, busca que no escapen sus recuerdos.

Elena Poniatowska entrevistó en la cárcel de Lecumberri a los miembros del Consejo Nacional de Huelga y de la Coalición de Maestros, detenidos por el gobierno del presidente Gustavo Díaz Ordaz. Esas conversaciones, reunidas en *La noche de Tlatelolco*, prefiguraron el archivo que hoy es resguardado entre los muros del antiguo presidio.

* El Colegio Nacional.

En su diálogo con Poniatowska, Eduardo Valle, cuyo apodo de “El Búho” resultaba idóneo para las profecías, comentó:

Yo creo que el Movimiento repercutió en los niños en tal forma que si se puede confiar en este país es precisamente porque en él hay una inmensa cantidad de niños. En las generaciones que vivieron el Movimiento desde las aceras, viendo pasar a sus hermanos mayores, tomados de las manos de sus padres en las propias manifestaciones, los que oyeron los relatos de los días de terror, o los sintieron en su carne, en ellos está la revolución. El gobierno de este país deberá tener mucho cuidado con aquellos que en 1968 tenían diez, doce o quince años. Por más demagogia que se les inocule, por más droga que se les aseste, ellos recordarán siempre en lo más íntimo de su mente, las golpizas y los asesinatos de que fueron objeto sus hermanos... Recordarán —por más que el gobierno se empeñe en hacerlos olvidar—, que de pequeños sufrieron la ignominia de los garrotazos, las bombas lacrimógenas y las balas.

La infancia es el principal archivo de la emoción y la memoria. La vida del hombre se define esencialmente por lo que le sucede antes de los 12 años. Santiago Ramírez resumió esta operación en un aforismo que daría título a un libro: *Infancia es destino*.

Quienes fuimos niños en el 68 estamos destinados a recordar aquellos días de esperanza y sangre con la mirada que tuvimos entonces. Otros periodos, más remotos, pueden ser recuperados con una curiosidad no interferida por la emoción. Puedo imaginarme como adulto durante el cisma papal del siglo XIV y situarme en plazas de desconocidas ciudades europeas, cubiertas por cadáveres de la peste bubónica. En cambio, sólo puedo ver el 68 a la altura de mis doce años, con la mirada inamovible del testigo de cargo.

Si toda forma de escritura depende de establecer contacto con una sensibilidad primera, de recuperar al niño que respalda con su asombro y su novedad al narrador adulto, el relato memorioso de lo que pasó durante mi niñez me lleva a asumir esa perspectiva por partida doble. El 68 es mi infancia, lo que conocí de la mano de mi padre, profesor de filosofía que no pudo cambiar el mundo, o sólo lo cambió en una medida subatómica que me propongo desentrañar en estas páginas.

“El Búho” depositó una esperanza infinita en mi generación: “en ellos está la revolución”. Un luchador cautivo delegaba su ilusión en quienes crecerían para justificarlo. Pero también el gobierno entendió la amenaza potencial que representaba la siguiente ronda generacional y mitigó el ánimo de protesta, ofreciendo insólitas opciones para los posibles herederos del 68. Así las cosas, mi generación creció entre los signos contrastados del oprobio y la radicalidad.

Después de Tlatelolco, hubo un intento de recuperar a los jóvenes de la clase media a través del sistema CCH, el Colegio de Bachilleres, el Injuve, la tarjeta Plan Joven, ofertas de becas y viajes, renovadas oportunidades de integración a una sociedad que en octubre del 68 mostró una fractura extrema.

En los años setenta, la “apertura democrática” del presidente Luis Echeverría fue la zona contradictoria que incluyó la represión del 10 de junio, la prohibición de conciertos de rock y el golpe a *Excélsior*, y también amplió un poco los márgenes de libertad de un sistema autoritario. No se trataba de fomentar una genuina democracia, sino de crear válvulas de escape para perpetuar un modelo de dominio. Esta extraña situación permitió que nos formáramos leyendo el *Libro Rojo* de Mao (que incluso se vendía en los supermercados), *Los agachados* de Rius, los *Conceptos elementales del materialismo histórico* de Marta Harnecker. Me inscribí en un seminario de lectura de *El Capital*, subrayé *Lo que todo revolucionario debe saber sobre la represión* de Víctor Serge, a los 18 años me afilié al Partido Mexicano de los Trabajadores, presidido por Heberto Castillo, uno de los líderes del 68, estudié Sociología en la UAM-Iztapalapa, donde el marco teórico era rigurosamente marxista, y me recibí con una tesis sobre el concepto de enajenación.

Como es sabido, esta pedagogía radical no logró que mi generación cambiara la vida social de México (aunque algunos, como el Subcomandante Marcos, se acercaron bastante). La herencia del 68 tuvo para nosotros mayor impacto cultural que político, entre otras cosas porque el Movimiento estudiantil también fue un fenómeno de la contracultura, que articuló búsquedas para cambiar no sólo un sistema de gobierno, sino una manera de vivir. En este sentido, aún está por determinarse la forma en que la Era de Acuario se combinó con una lucha cívica cuyas principales demandas eran respeto a la Constitución y diálogo público con el presidente, y en qué medida

esto afectó las diversas trayectorias de los hijos o los hermanos menores del 68.

Toda rebelión rediseña el futuro. A la distancia, llama la atención la medida de metas del Movimiento estudiantil. El 68 no prometía una aurora socialista, aunque muchos de sus miembros y algunas pancartas profesaran el marxismo-leninismo. Se trataba, en lo fundamental, de un movimiento democratizador. Su idea de futuro no era utópica ni desmedida, y en ese sentido parecía tangible. Sin embargo, estos razonables ideales serían rechazados o pervertidos por las reformas políticas del gobierno. En las siguientes décadas el PRI perfeccionaría sus métodos de represión directa (de la guerra sucia en Guerrero a la cacería selectiva de disidentes), la cooptación adinerada y sutil de opositores, los artilugios del fraude electoral, la disuasión a través de los medios de comunicación.

Numerosos militantes de la izquierda pensábamos que la democracia era el nombre implícito de la revolución y que un país de libertades avanzaría necesariamente hacia una mayor igualdad social. Pero en el canónico año 2000, el Partido Oficial no sería vencido por una tendencia socialista o socialdemócrata, sino por un candidato populista y conservador, Vicente Fox, del PAN.

La valoración del 68 pasa por revisar un doble fracaso: la represión de un movimiento democratizador y la imposibilidad de recuperar su herencia para transformar la sociedad desde la izquierda. En lo que toca a mi generación, en la que “El Búho” depositó sus más generosas adivinaciones, también pasa por el siguiente cuestionamiento: las nuevas opciones para la clase media crearon un clima de tentativas individuales, no ajeno al conformismo, donde la urgencia no era impugnar sino formarse ante una ventanilla para pedir una beca. Este acatamiento de la norma no sólo se refiere al trato con el Estado, sino con la tradición. Seguimos de manera cordial a los mayores; no hubo muchos impulsos para crear espacios propios. Las revistas y las editoriales independientes que formamos no presentaron alternativas perdurables; fueron el campo de entrenamiento donde hicimos nuestras primeras armas para pasar después a las publicaciones establecidas. No hay nada avieso en esta conducta. Ninguna generación está obligada a ser rebelde por decreto ni a tomar por asalto la Bastilla o el Palacio de Invierno. Lo peculiar en los hermanos menores del 68 es que conocimos el miedo y la espe-

ranza, crecimos como cachorros de la rebelión, pero no optamos por la confrontación en grupo, sino por la radicalidad de las búsquedas individuales.

Desde que empecé a escribir, me inquietaba la falta de correspondencia entre una formación que parecía destinada a transformar la sociedad en su conjunto y las oportunidades que los miembros de la clase media recibimos en los años setenta. La Era de Acuario, el 68, las utopías del rock se disolvieron en un horizonte donde aparecían vistosas expectativas individuales.

Traté de plasmar esta contradicción en uno de mis primeros cuentos, “La época anaranjada de Alejandro”, incluido en *La noche navegable* (1980). Si a ciertos pintores se les asigna un color para determinar una etapa de su pintura, me pregunté si habría un tono moral para definir a un aprendiz de revolucionario. Alejandro, mi protagonista, atraviesa por una fase “anaranjada”: se está preparando para ser “rojo”. Durante esta educación sentimental, viaja a Londres y visita la tumba de Marx en el cementerio de Highgate. Es lo último que hace antes de volver a México. Ante el busto de cemento del león de Tréveris piensa lo siguiente:

Casi no había tenido tiempo de reflexionar sobre su visita al cementerio, el último empalme europeo. Sí, porque entonces vendría el regreso al altiplano, y se iba a enfrentar a lo de siempre. Alejandro se sentía miembro de una generación a la que le tocó la última parte de una obra de teatro, no la última escena, sino el momento final, recibir la respuesta del público sin saber cuál era la obra representada; él formaba parte de los que venían después, después de todo, del movimiento de 68 y el festival de Avándaro. Había sido muy joven para participar pero no para darse cuenta de que algo estaba sucediendo. Y por si fuera poco, en el momento en que le tocaba actuar, la escena era una tarima desierta; los actores y el público abandonaban la obra para irse a merendar a algún café.

Estas líneas, escritas a los 20 años, resumen la perplejidad de quien sabe que las cosas deben ser distintas y desearía pasar al conculso territorio de la acción, pero pertenece a una realidad donde eso ya no es posible. La rebelión colectiva volvió a ser atributo de la siguiente generación, la del CEU. Nuestros hermanos mayores y

nuestros hermanos menores tomaron las calles. Nosotros perfeccionamos nuestra condición de testigos, algo no menos importante.

Eduardo Valle tuvo razón al decir que el gobierno debía cuidarse de las nuevas generaciones, y el gobierno reaccionó con más reflejos de los que podía preverse. En los cuatro años en que estudié Sociología tuve profesores chilenos, argentinos, brasileños y uruguayos, que habían sido perseguidos políticos en sus países y encontraron en México un refugio esquizoide donde se podía vivir de enseñar marxismo, mientras el PRI consolidaba un sistema de injusticia y privilegios en nombre de la revolución.

En 1976 debuté como votante en las urnas. Hartos de la farsa electoral, los partidos de oposición se negaron a presentar candidatos. José López Portillo competía contra sí mismo. En esos días, Jorge Ibargüengoitia escribió en el *Excelsior* de Julio Scherer: “El domingo son las elecciones. ¡Qué emocionante! ¿Quién ganará?”

Echeverría renovó pactos sociales y otorgó inesperada flexibilidad al dinosaurio. La “apertura democrática” consolidó lo que el PRI siempre ha buscado: la impunidad y el dominio sin fisuras.

¿De qué manera se puede elaborar una política del duelo y una recuperación de la memoria histórica? La profecía del “Búho” se refería a los testigos de cargo: los niños en las banquetas, los que vieron la ignominia. ¿Qué pasaba con los otros niños? El resto de mi generación creció sin saber lo ocurrido en Tlatelolco. La prensa y la televisión mintieron de manera sostenida. Recuerdo las calumnias que se decían en el patio del colegio, no muy distintas a las que el 7 de octubre de 1968 Elena Garro vertió en *El Universal*:

Asistimos mi hija y yo a dos reuniones del CNH, celebradas en el anfiteatro bautizado como Ernesto “Che” Guevara, en la Facultad de Filosofía y Letras. En la primera había cuatro mil estudiantes y un considerable número de líderes del CNH e intelectuales, entre ellos Telma Haro, José [sic] Escudero, José Luis Cuevas, Leonora Carrington, etc., y se pidió que se boicotearan los XIX Juegos Olímpicos, primero evitando que los deportistas universitarios seleccionados participaran en la competencia y luego mediante otras maniobras. En otra reunión celebrada en ese mismo anfiteatro que presidieron Sergio Mondragón, Eduardo Lizalde, Jaime Sheley, Leopoldo Zea y otros intelectuales, y en la que fungió como principal orador Luis Villoro —catedrático universitario—, se

acordó boicotear la Olimpiada Cultural mediante el retiro de todos los exponentes nacionales y de muchos extranjeros. Me pareció criminal, desde la primera ocasión, la idea de boicotear los Juegos Olímpicos, y asistí a esas reuniones porque se me invitó y porque se pensaba que en un momento dado yo formaría parte de la subversión.

Cuando confronté a mi padre con estas declaraciones, dijo sin el menor dejo de rencor que se trataba de una mentira intrascendente. Eso podía haberlo perjudicado, pero no había sido así. Más valía olvidar el tema. Acto seguido, me comentó que en la congregación que siguió a la Marcha del Silencio fue escogido como orador sustituto para hablar en caso de que Heberto Castillo no pudiera hacerlo, pues había rumores de que lo iban a detener. “Heberto sí fue y yo no hablé”, comentó mi padre con un dejo ahora sí amargo, de haberse quedado en la orilla. El infundio de Elena Garro (provocado, luego se supo, por las presiones de la Secretaría de Gobernación) se convirtió para él en un antisuceso que podía ignorar; no haber participado más fue el antisuceso que le dolió.

La campaña de la autora de *Los recuerdos del porvenir* continuó en la arena internacional. En su diario sobre Borges, Adolfo Bioy Casares habla del telegrama en el que Elena Garro les pidió firmaran para felicitar al presidente Díaz Ordaz por la matanza de Tlatelolco. Dos de los mayores escritores de la lengua cedieron a ese delirio.

Se sabe, por investigaciones posteriores, que la escritora fue sometida a una presión intensa por parte del gobierno, que abusó de su fragilidad emocional. Esto rebaja su responsabilidad en la persecución de intelectuales, sin que por ello se olvide el clima de terror al que sus colegas se vieron sometidos.

Yo no podía hablar del tema en la escuela porque me sabía en minoría y por una desconfianza típica de los ambientes paranoicos. Poco a poco, comencé a sospechar de mi padre. La presión social hacía que fuera más sencillo pensar que él estaba equivocado. Su vida era bastante rara para mí: se dedicaba a la Filosofía, profesión indefinible, había dejado a mi madre, era español pero hablaba con fervor mexicanista de la Independencia. Todo esto me resultaba confuso. En cierta forma, me parecía lógico que él estuviera en problemas. En la breve pieza teatral “El soplón”, de Bertolt Brecht, los padres temen que su pequeño hijo los denuncie ante los nazis. Uno

de los peores efectos del miedo es que lleva a desconfiar de quien no se debe desconfiar; invade la vida íntima y traslada ahí las reglas de los represores. Quienes delatan suelen ser seres próximos. Sin llegar a ese extremo, los hermanos menores del 68 conocimos el momento de tensión en que todo se pacifica y normaliza, si aceptamos la razón de Estado antes que la razón minoritaria de nuestros parientes.

¿Cómo recuperar lo sucedido para quien ha visto los hechos de niño, con visión de infantería? Los acontecimientos suelen ocurrir dos veces: en la realidad y en la mente de los testigos. En ocasiones, la reelaboración memorista debe luchar con lo que se fijó en el impacto inicial. Ciertas distorsiones nos permiten atenuar el drama y hacerlo llevadero. El autor que vuelve a su infancia debe disolverlas y, en cierta forma, convertirse en su propio escritor fantasma; recuperar su rastro con pisadas ingravidas, tentativas, exploratorias. Quien recuerda, aminora el paso.

La televisión y los periódicos hacían causa común contra la versión de mi padre. La idea dominante, compartida por mis vecinos y mis compañeros de clase, era que los comunistas (que ya habían invadido Checoslovaquia) se aprovechaban de los estudiantes mexicanos para tratar de impedir los Juegos Olímpicos, programados para el 12 de octubre de 1968, diez días después de la matanza de Tlatelolco.

El recelo que me producía la postura de mi padre se veía aumentado por su silencio y las explicaciones a medias que me daba. Hacía esto para protegerme del problema, pero sólo lograba ahondarlo. El 68 se convirtió en mi casa en algo mencionado con dificultad, un secreto que no sabíamos cómo guardar. Los hijos de los universitarios recibíamos una versión distinta, pero mutilada en nuestro beneficio para ahorrarnos una inmersión en el horror.

Jorge Volpi, que nació justo en el 68, pudo escribir una relatoría objetiva del tema, *La imaginación y el poder*, sin ser afectado por su propia versión de los sucesos. En cambio, quienes tuvimos una proximidad definitiva, aunque condenada a una interpretación fantasmagórica, plagada de sospechas y cosas no dichas, debemos buscar un acceso memorioso para que los datos coincidan al fin con las sensaciones.

El trato con el recuerdo suele extraviarse en esos recovecos. En mi caso, tuvieron que pasar cuatro o cinco años para entender las

cosas de otro modo. Me enteré de los sucesos por *Los días y los años*, la entrañable novela autobiográfica de Luis González de Alba, escrita en la cárcel de Lecumberri. Gracias a esa lectura, pude mezclar los hechos con mi propia emoción, y entendí por lo que había pasado mi familia. Mi perspectiva de niño de 12 años, que observaba el mundo desde la cintura de los adultos, se cargó de otros significados.

Con el paso de las décadas, la revisión del 68 no ha dejado de cobrar sentido. Los responsables quedaron impunes. No se hizo justicia a los muertos ni a los detenidos. Esto otorga un valor moral a la memoria. Es atributo del recuerdo buscar una forma demorada de paliar agravios: “La memoria abre expedientes que el derecho y la historia dan por cancelados”, escribió Walter Benjamin.

Ciertos miembros de la comentocracia y alguna tele-intelectual han cedido a un análisis de demoscopia forense, señalando que a fin de cuentas no hubo tantos muertos en Tlatelolco. Se habla de 69, 68 estudiantes y un policía. Este análisis estadístico prolonga la argumentación del presidente Díaz Ordaz. Cuando fue nombrado embajador en Madrid, en 1977, se le cuestionó sobre su responsabilidad en la matanza de Tlatelolco. El represor respondió entonces que cada víctima debe dejar un hueco. ¿Dónde estaban las ausencias? ¿Quién demostraba que había desaparecidos? ¿Qué pruebas tenían? Si no abundaban las quejas, era porque no había tantos muertos.

Cierto o falso, el dato de 69 muertos ha permitido una aritmética del espanto. Para algunos comentaristas cínicos, el rédito social que se ha obtenido de la matanza es superior a la tragedia. Con esta contabilidad crematística se pretende demostrar que se ha hecho demasiado ruido con pocas nueces. El argumento es inmoral e insostenible. El genocidio no puede recibir un descuento ético de “asesinato en mediana escala”. Como afirma Jacques Derrida, cada muerte es única y acaba por completo con el mundo. Cristo sólo murió una vez. Lo que está en juego en la matanza de Tlatelolco es lo que Jean-François Lyotard advierte a propósito del Holocausto: hay algo peor que la muerte. No estamos sólo ante la aniquilación sino ante un mecanismo que la permite, un orden, una razón de Estado en la que muchos participan de manera voluntaria. Gustavo Díaz Ordaz fue aclamado al inaugurar los Juegos Olímpicos, del mismo modo en que la delegación soviética fue abucheada.

Sabemos, por la secuencia reflexiva que va de Primo Levi a Giorgio Agamben, que una de las causas para silenciar el testimonio es la culpa. No es fácil estar vivo o en libertad cuando otros han muerto o han ido a dar a la cárcel. El solo hecho de rendir testimonio puede parecer una forma indirecta de la traición. En *Lecturas de infancia*, Lyotard expresa cabalmente el dilema: “Los testigos que hablan sienten horror de haber sido elegidos por el mal a fin de poder contar”.

Recuerdo el desconcierto de mi padre al no ser detenido después del 2 de octubre. Eli de Gortari, Heberto Castillo y otros miembros de la Coalición de Maestros ya estaban en la cárcel de Lecumberri. Él tenía derecho a un año sabático pero, en contra de la insistencia de mi madre, pospuso su salida del país. Se mostró en los sitios donde podía ser arrestado, pero no siguió el destino de sus compañeros. Nunca escribió del tema, lo silenció, tal vez porque se sintió falto de “méritos”.

En mi caso, la culpa trabajó de otro modo a través del tiempo: había desconfiado de mi padre y de sus ideas que dividían (primero a la familia, luego al país). Además, me afectaba haber visto mal y oído a medias. Es más auspicioso comenzar al modo de Volpi: el 68 como año 0, anterior a la experiencia. ¿Podía rendir testimonio desde la imperfección, contar la trama sin renunciar a la confusión vivida entonces?

¿Qué clase de persona se formó en esos días destinados a ser vistos del mismo modo en lo que toca a la trama, pero cuyo significado cambia de manera incesante?

Recordar el tejido minucioso del 68 es un acto de restitución. Ante lo ya sucedido es posible crear un vínculo afectivo que responda a la verdad de las emociones. El silencio con que mi padre rodeó el tema puede ser alterado por otras pisadas. Un niño camina despacio.

¿Hasta qué punto la captación de sentido de una época puede recuperarse en clave íntima? La literatura no tiene otra vía de acceso que el testigo solitario, el mirón aislado que aspira a que su versión sea compartida por los otros, transformada en materia común a través de la lectura. Escribir es un ejercicio individual que apela al otro para universalizar la experiencia.

El 24 de septiembre de 1968 cumplí 12 años y desde hacía meses caminaba dormido. Era sonámbulo y eso me definía. Mi conciencia

crítica se reducía al hecho de despertar en sitios imprevistos. Aunque el desplazamiento no era traumático —o no me lo parecía—, me dejaba una sensación de soledad y abatimiento. Por lo general, despertaba llorando.

Mi abuela rezaba para que yo perdiera ese vicio nocturno y mencionaba la previsible causa de mi excentricidad: el divorcio de mis padres.

A mí el tema me preocupaba porque me impedía ir de campamento con los Amigos del Bosque, versión radical de los *Boy Scouts*. Alguien sugirió que me ataran una campanilla para despertar a los demás si abandonaba la tienda de campaña, pero el catastrofismo familiar concibió una escena incontrovertible: yo atravesaría con los brazos extendidos el parque nacional de La Marquesa sin que nadie oyera mi badajo, hasta ser arrollado en la autopista México-Toluca.

Mi verdadero ideal en esa época era tocar en un grupo de rock. En *La Pequeña Lulú* había leído un episodio titulado “Fusifingus pup”, que trataba de una flor difícil de localizar y cuyos poderes eran mágicos. 40 años después advierto que la trama mezclaba la esquiava flor azul de los poetas románticos con la exploración de vegetales tóxicos, típica de la psicodelia. En aquel tiempo, la flor buscada por la Pequeña Lulú me pareció magnífica para nombrar mi primer grupo de rock. La fantasía botánica de “fusifingus pup” se convirtió en el trío Fusifingus Pop, donde yo tocaba la melódica y dos amigos el pandero y las maracas. Interpretábamos “Happy together” del grupo Las Tortugas con involuntario acento escocés. Mi grupo mexicano favorito eran los Dug Dug’s, que imitaba a los Beatles en la pista de hielo Insurgentes. El frío que imperaba en el recinto y el vaho que nos salía de las bocas nos hacía sentir felizmente extranjeros. La canción que llevaba al público al delirio era “Lucy in the Sky with Diamonds”. Un amigo me había dicho que el título venía de las siglas LSD y yo escuchaba las primeras notas de la guitarra en trance alucinógeno. De vez en cuando, el acre olor de la mariguana llegaba a la parte de las gradas donde mis dientes castañeteaban de escalofrío al compás del rock. Los tiempos estaban cambiando; se hablaba mucho de drogas y todos mis amigos tenían un primo que había probado hongos en Oaxaca, se había tirado de una azo-tea después de ingerir una pastilla cósmica o había conversado con una pareja de extraterrestres en busca de una provisión de “Acapul-

co Golden”, hierba de nuestra tierra de la que ya se hablaba en las galaxias.

Las jeringas habían dejado de ser instrumental médico para inyectar sueños en el torrente sanguíneo. Yo escuchaba hablar del tema con una mezcla de miedo y fascinación, sin atreverme a compartir mi verdadero sueño intravenoso. La película del momento era *Viaje fantástico*. La cultura de masas aporta a cada generación dos o tres mujeres que representan la sexualidad absoluta, la condensación del deseo comunitario, la belleza sancionada por la estadística que sólo los muy raros o muy perversos o muy valientes se atreven a refutar. *Viaje fantástico* estaba protagonizada por Raquel Welch, que en su condición de diosa mediática combinaba todo lo que el Mediterráneo tiene que ofrecer en materia de sensualidad con el desenfreno de la cultura pop: una Afrodita en un entalladísimo traje blanco.

La trama de *Viaje fantástico* era morbosa en el más literal de los sentidos. Un grupo de científicos reducía a varios médicos a tamaño microscópico para que ingresaran en un cuerpo humano y pudieran repararlo por dentro. Al final, eran expulsados por un lagrimal. Dado el tamaño de los tripulantes, el llanto parecía un Niágara. ¿Podía haber droga más intensa que tener a Raquel Welch inyectada en las venas?

De acuerdo con esta fantasía, asumí el reto de imaginar a Raquel en mi torrente sanguíneo y no llorar nunca para que no escapara, de ser un enamorado resistente y duro, del todo distinto al niño que lagrimeaba por demasiadas cosas. Ése fue otro tema del 68: el llanto como reacción infantil a todo lo que me ocurría.

Lloré con la separación de mis padres, lloré cuando perdió el Necaxa y lloré cuando le ganó al América, lloré al ver mis calificaciones y lloré a escondidas al ver a mi madre llorar a todas horas, lloré cuando leí una historieta donde moría un superhéroe y lloré en la siguiente historieta por ser tan imbécil como para creer que un superhéroe podía morir, lloré cuando mi padre desapareció rumbo a una manifestación y lloré cuando lo vi regresar. Lloré demasiado en un país donde el valor cultural del llanto era bajísimo. Lloré en México, donde sólo lloraban los débiles. Si Raquel estuviera dentro de mí, no volvería a llorar jamás. La retendría como un cosquilleo de mi sangre devota, una educación intravenosa para entender la poesía de López Velarde.

En 1967, los Beatles habían grabado el más complejo de sus discos: *Sargento Pimiento*, que incluía “Lucy in the Sky with Diamonds”. Todo en esa obra estaba llamado a ser célebre. La portada se convertiría en la más discutida de la cultura de masas, por la gente ahí reunida y porque se trataba de un funeral. ¿Quién era el muerto? 1968 comenzó para mí con otro motivo de llanto: Paul McCartney había fallecido; por eso llevaba un brazalete con las siglas O. P. D. (*Officially Pronounced Dead*, oficialmente dado por muerto). El disco *Abbey Road* contribuiría al mito póstumo. En la portada, los Beatles atravesaban una calle. Paul iba descalzo como un muerto, George parecía un enterrador, John un sacerdote y Ringo lo que siempre había sido: el testigo de los otros tres. Al fondo, un coche tenía la placa 28IF, que posiblemente significaba: “28 años, *si* viviera”.

En 1968 los Beatles sugerían que los sueños pueden acabar. También fue mi último año de voracidad por lo dulce. Un genio de la química había inventado un postre a la altura de su nombre: el Flantástico permitía combinar el flan de coco con aderezo de chocolate o vainilla. Me administré festivales de tres flantásticos diarios hasta que me enteré de otro gusto de los tiempos: los gordos no son apetitosos.

En ese tiempo la vida tenía sentido porque una niña, que en el pudor de la memoria llamaré Marina, se sentaba en el pupitre anterior al mío. Padecía una alergia que la hacía estornudar a cada rato. Cuando se agitaba, yo percibía el fresco olor de su cabello. Respiraba una confusión sensorial de palmeras bajo el sol, pero sobre algo parecido al flan de coco. La idolatré sin atreverme a decir lo que mi cara hacía evidente hasta que la mejor amiga que nunca falta me informó que a Marina no le interesaban los barrigones.

En 1968 apelé por vez primera a la fuerza de voluntad. Quise ponerme a dieta y no pude. En un momento melodramático acompañé a mi madre a la iglesia y recé para repudiar lo dulce. La fe produjo el mismo resultado que la voluntad.

México era entonces un planeta de *La dimensión desconocida*. Todo venía de lejos, por vías inescrutables, pero estábamos a punto de ser descubiertos por inteligencias lejanas: en otoño serían las olimpiadas. Las naves extranjeras llegarían llenas de atletas.

Mi padre se había mudado a un departamento sombrío, donde las ventanas daban a una tapia. En su condición de divorciado tenía

estupendos platos de cartón. El único lujo estaba en su escritorio: unos boletos coloridos y enormes, del tamaño de toallas para las manos y el logotipo de “México 68”. Nuestro pasaporte olímpico.

Los lemas atléticos competían con los graffitis que tapizaban la ciudad, escritos por los estudiantes: “La imaginación al poder”, “Veterinaria presente: vacuna a tu granadero”, “Prohibido prohibir”. Como escribió Octavio Paz en un poema, los empleados municipales habían limpiado la sangre. Las consignas de los muertos aún sobrevivían en las paredes. Pero no se hablaba del asunto. Cuando encontraba a un conocido, mi padre intercambiaba informaciones en el tono de los conspiradores.

Mi abuela materna, cuyo lema de vida era “piensa mal y acertarás”, me informó que mi padre era comunista, entre otras cosas porque fumaba demasiado. Su mundo pertenecía al de la gente sin filtro. Mi madre fumaba la misma marca, Raleigh, pero con filtro.

Una tarde llegué a la casa y respiré los dos humos que hacía tiempo no se mezclaban. Mi padre dijo entonces que la represión era casi segura; el papel de los maestros consistía en encauzar a los alumnos, pero no en detenerlos. Mi madre opuso argumentos con filtro: la inutilidad del sacrificio en un país que nunca cambia; luego mencionó el coche que estábamos pagando (las deudas se llevan mal con los riesgos).

En el colegio mis compañeros decían que los comunistas se habían infiltrado en la Universidad. La palabra “infiltrado” me cautivó: condensaba humo y espionaje. Mi padre era un infiltrado. Pero no me atreví a ponerme de su parte en el colegio: la gordura ya me volvía bastante impopular para además ser disidente. Cuando Ciudad Universitaria fue tomada por los tanques, hubo vítores en mi colegio, y yo no protesté.

No tengo un sólo recuerdo que revele que mis padres se amaron, tampoco uno que se refiera a un pleito. Mi familia: dos personas que mezclan humos diferentes.

¿Qué sucedió entonces? Desde Platón, el recuerdo es una forma del conocimiento: no nos adentramos en lo que pasó para revivir lo que ya sabemos, sino para conocer algo nuevo. Cuando eso ocurre, la memoria gana autonomía, sobrevive.

Elie Wiesel fue niño en los campos de concentración y dedicó el resto de su vida a la ardua tarea de ser superviviente. Años después de la guerra regresó al pueblo en el que había nacido y encontró un

escenario casi intacto. Las mismas casas seguían en pie. Sólo faltaban los judíos. Recordó su última noche en el lugar, cuando su padre le indicó a sus hijos y a su esposa que ocultaran lo más valioso que tenían, para salvar algo del exterminio. Elie fue al pie de un árbol y enterró un reloj de oro que había pertenecido a sus antepasados. No olvidó el lugar de su escondite. Al regresar al pueblo años después de la guerra, buscó el árbol. De modo impulsivo, se arrodilló y excavó con las uñas. El reloj seguía ahí. Elie Wiesel lo limpió, contempló su carátula, admiró su resistencia. Lo único que quedaba de su familia. Entonces hizo algo que le resultó inexplicable: volvió a enterrar el reloj. ¿Qué revela este gesto en alguien consagrado a la moral del recuerdo?

La memoria entraña un doble movimiento: excava en busca de lo que se ha perdido, pero una vez que llega ahí, el recuerdo gana fuerza para vivir por su cuenta; deja de ser un proceso de investigación; se transforma en algo concreto: una piedra, una lápida, un reloj.

Pensé que mi padre se mostraba en todos sitios y me llevaba a los preparativos para la Olimpiada porque deseaba ser arrestado para seguir la suerte de sus compañeros. Es posible que fuera así. Yo agrego otra razón, construyo un vínculo, excavo, imagino un puente hacia ese momento en que todo podía desaparecer.

Varias veces mi padre dijo que no adelantaría su sabático ni saldría del país porque pronto serían las Olimpiadas, como si los boletos le otorgaran inmunidad. Esta explicación sobrevivió entre nosotros como un pretexto, pero los trabajos de la memoria le dan otro matiz.

El 2 de octubre él no estuvo en Tlatelolco. Pertenecía a los moderados que anticipaban que ésa sería la plaza de los sacrificios. A los pocos días, alguien nos dio un ejemplar de la revista *¿Por qué?*, con fotos de muertos y detenidos. Jóvenes con los pantalones en los tobillos. Bayonetas. Zapatos que ya no pertenecían a nadie.

Fue el único testimonio directo de la masacre. En la televisión y en el patio del colegio se culpaba a los universitarios. Para distraerme, yo veía a Marina, pensaba en dulces intangibles, imaginaba las venas de mi cuerpo, donde nadaba una diosa diminuta.

Mi padre se puso en contacto con los profesores que estaban en la cárcel de Lecumberri. Mi madre repitió su contraseña de escape: “sabático”. Él habló de “convicciones”. Pensé que así se le decía a tener muchas ganas de ver las Olimpiadas.

La ciudad había sido tapizada con el emblema de una paloma blanca. El gobierno de Gustavo Díaz Ordaz deseaba la paz a las naciones del mundo. En las mañanas, la paloma amanecía teñida de sangre.

Poco antes de las Olimpiadas, asistimos a un entrenamiento de waterpolo en Ciudad Universitaria. Recuerdo que una pelota salió fuera del agua y se estrelló en la cara de un juez. Mientras yo miraba ese rostro enrojecido, posiblemente búlgaro, un hombre se acercó a mi padre y le dijo: “Estás en la lista negra”. Él respondió con la exagerada cortesía con que agradecía lo que no le interesaba: “Estoy con mi hijo”, me señaló, como si yo modificara algo.

En los XIX Juegos Olímpicos descubrí un tercer amor platónico: la gimnasta rusa Natasha Kuchinskaya. La vi saltar por los aires y me propuse comer menos azúcar.

Una noche, en el estadio de Ciudad Universitaria, los corredores de Estados Unidos subieron al podio de premiación con guantes negros. Todo tenía que ver con la política, pero yo apenas lo advertía.

Ignoro lo que mi padre sentía en las tribunas del estadio. Eso pertenecía a una zona indefinida, la zona del miedo y del afecto, las cosas que importan pero no se dicen. Sé lo que pensaba del país, pero no lo que pensaba de nosotros. Se arriesgó a volver a Ciudad Universitaria a ver lanzamientos de jabalina que no le interesaban. Lamentó en silencio no correr la suerte de sus compañeros, no estar a la altura de las penitencias que le inculcaron los jesuitas y que el psicoanálisis apenas mitigó como un humo con filtro. Perdió algo decisivo en una época en que se repartían medallas e incluso México ganaba nueve.

Las demandas del movimiento estudiantil recibieron una respuesta de ultraje. Las fotos de entonces muestran una esperanza detenida: los jóvenes que hacen la V de la victoria y se dirigen a un tiempo vencido, sin transcurso posible.

Yo crucé por la historia en mi condición de sonámbulo, sin entender el riesgo que mi padre corría para que yo viera a una niña rusa saltar en el cielo provisional de un gimnasio. Pasaron muchos años para que excavara con las uñas hasta llegar a lo que había guardado, el reloj con su hora detenida.

Algo cambió de modo sigiloso en las familias que fueron acosadas, algo se alteró en forma imperceptible pero cierta. Un niño no

es todos los niños, pero su historia busca a alguien al otro lado de la página. Un niño camina por la calle de los hechos para no estar solo.

Mi padre sobrevivió entre los derrotados y siguió apoyando las causas perdidas de la izquierda. No contaba anécdotas del 68. Reclababa de las historias personales, que asociaba con el lamento o el narcisismo, y juzgaba impúdico que la vida pública tuviera claves privadas. Las personas le interesaban por sus posturas, no por sus historias. Quizá por eso, su hijo no ha hecho otra cosa que buscar la vida privada de las cosas públicas.

Érase una vez un gordo de 12 años que no podía dejar el flan. Érase una vez un sonámbulo que despertaba llorando en sitios raros de la casa, sabiendo que en cada lágrima podía escapar la diminuta delicia de Raquel Welch. Érase una vez un zombi obsesionado por los superhéroes, que quería ver saltos de garrocha y clavados ejemplares. Érase una vez un reloj enterrado, con el tiempo detenido.

¿Por qué fuimos a las tribunas cuando eso era peligroso? En el relato, la filiación no sigue líneas rectas: el hijo cuenta lo que el padre no advirtió o no quiso formular, los restos nimios pero tal vez significantes, la letra pequeña de la Gesta en mayúsculas.

En México las multitudes tuvieron dos modos de articularse en 1968, en las manifestaciones y en los estadios donde se repartía el oro. Mientras oíamos el himno nacional, tal vez mi padre pensaba en el epitafio de Marx, con la última tesis sobre Feuerbach, el sitio donde yo ubicaría uno de mis primeros cuentos: “Los filósofos no han hecho sino interpretar el mundo de diversos modos; lo que hace falta, sin embargo, es transformarlo”. En 1968 mi padre me llevó a las Olimpiadas. “Estoy con mi hijo”, dijo cuando le anunciaron que podían detenerlo. Yo era un pretexto para cambiar de tema. Y, en efecto, había otro tema. Algo cambió en ese momento. Algo se condensó para siempre, como el reloj recuperado y vuelto a enterrar.

¿Puede el hijo llegar a donde no quiso hacerlo el padre? Cuando visitó la Acrópolis, Freud sintió una extraña vergüenza de estar en ese sitio y le costó trabajo dar con la causa: su padre había anhelado ir ahí, pero no lo había logrado. A este sentimiento de culpa le llamó “piedad filial”. Si el hijo rebasa al padre, altera las condiciones de la filiación, deja de ser el que sigue. Curiosamente, eso es lo que desea el padre.

Caminar en el pasado, con el paso lento del recuerdo, activa el mismo mecanismo de defensa; la piedad filial se convierte en una niebla protectora para que el hijo ignore lo que el padre no pudo ver y, sin embargo, el padre desea que el hijo abra los ojos. Pasaron cuatro décadas para que yo visitara los vestigios de otro tiempo, la Acrópolis en ruinas: Tlatelolco, 1968, de lo que mi padre no escribió, de lo que no quiso hablar.

Mi padre no se ocultó ni se alejó en los días del peligro, y yo estaba demasiado interesado en Natasha Kuchinskaya para suponer que él se arriesgaba. Él calló, como si recordara que uno de sus libros se llamaba *La significación del silencio*. Hizo lo que juzgó correcto; no huir, llevar a su hijo a todas partes.

A la historia —o al escritor que la recuerda— le gustan los símbolos. En 1968 mi padre fue un filósofo que no transformó el mundo, o que sólo transformó la parte del mundo que lo necesitaba.

Ese año dejé de caminar dormido.